

HACIA EL SUBTERRÁNEO

POR FRANCISCO HINOJOSA

Junto a una tienda de discos. Alex propone una dirección, pero es el Tigre quien decide: dos cuadras más y a la derecha, otras dos a la izquierda, hasta el square; luego un silbido, diez minutos, y si el armenio no aparece, hacia el subterráneo para seguir el plan de Alex. En el aparador de la tienda se repite una portada: un hombre inflado y sonriente a punto de soplar un sax.

En el square. Es el Tigre quien silba. Alex está notoriamente tranquilo y confiado. Ante tan remota posibilidad de éxito, la espera que se habían fijado les parece excesiva, pero ninguno de los dos se atreve a sugerir un cambio. Tres minutos más. De un bar Oeste sale el armenio y se dirige hacia ellos. Lleva puesto su aburrido abrigo azul, bufanda azul y guantes beige. Sin moverse, con las manos en las bolsas, Alex y el Tigre observan al armenio: un mismo punto de fuga que se acerca con pasos lentos. El cono se cierra y la ciudad, ahora, es la boca grande y roja de un embudo.

Hacia el subterráneo. Los tres caminan sin cruzar palabra. Gris el pavimento, las nubes, el pelo de los ancianos, la camisa del armenio y los colores de la ciudad. Alex canta y tararea una famosa pieza de J. M. ante los gestos desarticulados y amenazantes de un punk color malva que pasa por allí. Pero Alex no advierte al personaje: mira hacia el suelo y eleva el volumen de sus armónicos grititos. Su largo cabello avanza con él, avanza, se aleja con un repentino golpe de aire helado. Vuelta en la esquina: el pelo cae revuelto y abundante sobre su espalda.

Frente a una puerta giratoria. Dubitativos juegan al "ajedrez de las miradas". Deciden:

En un bar Este. Los tres gruesos abrigos cuelgan de diferentes perchas. Dos azules y uno café. El Tigre anima la barra con una amena conversación acerca de la música (en general) y el rock (en particular). Piden más cerveza a través de la correcta pronunciación de Alex. La barwomen sabe mucho de la historia del cine. Por eso ríe amigablemente. Las tres espaldas.

En la puerta del bar Este. El frío es un verdadero estímulo para Alex: con renovada energía vuelve a cantar a J. M.

Hacia el subterráneo. Bien arropados, con una agradable placidez en los rostros, Alex, el Tigre y el armenio se detienen frente al aparador de una tienda de discos que no habían advertido en sus largas caminatas por esa calle. El Tigre husmea felinamente. Entran. A ver. El armenio aprovecha para encender un cigarro y para imaginar un iglú rosado suspendido en el aire caliente de la tienda. Una

punk espantada menea su cola de diablo, roja. Salen. El Tigre y Alex con delgados paquetes bajo el brazo. Alex no espera a llegar al cuarto del hotel para recordar los grifos y cadenas que ilustran la portada de su disco. El disco.

En el cuarto del hotel. Escocés. El armenio sube al sexto piso por el hielo y las sodas. Ligero, veraneante, piensa en el costo, el trabajo de instalación y las calidades de los aparatos de calefacción que hacen del hotel una plaza de verano moscosa. Las ventajas. Las superventajas. Alex abre en dos la portada terrosa de su disco y en voz alta recita algunas letras de canciones elegidas al azar. Un gran sentimiento se apodera de él. Luego una nostalgia por aquel singular rincón de su casa que se llama *tocadiscos*. Y más tarde: epilepsia, el bien del siglo. El Tigre se despereza como rascacielos, restira las ventanas de su camisa escocesa. Toma una toalla y frota con ella el borde de plástico de sus dos nuevos discos.

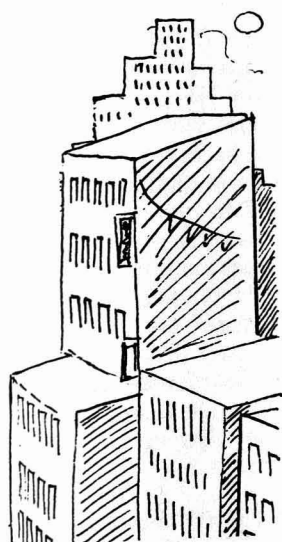
Los guarda junto a los otros que ha ido acumulando a lo largo de estos días neoyorkinos. Va al baño. El armenio bebe y hojea una revista pornográfica. Dice algo de unos muslos. De tanto sentimiento Alex llora. O parece.

En el baño del cuarto del hotel. El Tigre extiende su nueva pasta dental sobre su viejo cepillo de cerdas punk. Se frota rítmicamente las piezas con el instrumento, seguro, como si ningún accidente pudiera modificar el orden de siempre. Las rutas platinadas de los molares. Escupe sobre el lavabo una abundante espuma azul y luego la huele.

En el espejo del baño del cuarto del hotel. El Tigre sonríe.

En el ascensor. Descienden.

Hacia el subterráneo. Son las siete con treinta y dos minutos de una noche particularmente helada. Las sensibles puertas del hotel se abren automáticamente con un decidido y fundamental paso de Alex. El armenio se registra: soba la bolsa trasera de su pantalón y encuentra allí el bulto que hacen los tres boletos del concierto de rock. Los tres deciden tomar el subterráneo a caminar catorce cuadras. Con ese frío más vale temprano (cuarenta minutos antes) que temprano (veinte minutos después). Caminan. Una mujer, apostada en la barra de un bar, los mira a través del cristal y piensa que en verdad los tres son felices. En cambio, un niño que casi tropieza con el armenio pasa de largo, indiferente. Alex dibuja con los labios a J. M. y hace los movimientos (de manos, pies y cabeza) de quien toca el bajo ante el auditorio de la Wembley Arena. Sólo la mujer del bar imagina los acordes (seguramente graves) que arroja el aparato de



Alex, porque ni el Tigre ni el armenio se han dado cuenta del concierto. El bar (y la mujer) se quedan atrás cuando, precisamente, deberían haber estado llorando los aplausos, los silbidos y los gritos.

A una cuadra del subterráneo. El Tigre tiene hambre. Calculan los minutos, los pasos y el dinero.

En un restaurant Oeste. Dos sandwiches del 4 y uno del 1, tres cervezas de conocida marca y pepinillos. Los tres gruesos abrigos cuelgan de la misma percha. El Tigre lame un pepinillo mientras el armenio platica cosas fundamentales y trascendentes, incluso una experiencia vital. Alex saborea su sandwich del 4 ante la maternal mirada de una enana sencilla. La mesa contigua.

Hacia el subterráneo. El Tigre mira su reloj y da la noticia: se ha hecho tarde. Lo dice sin expresión de dolor, esperanza, alegría, indiferencia o rencor. Lo dice igual que si dijera *un sandwich del 4*, (como si pensara) en casi todos los sicoanalizados, en el gobernador de todo el Estado de Massachusetts y en los dueños de las fábricas de helados italianos. Los *Gelati*. No sin antes recordar su condición felina y decir: *The Tiger*, el Tigre propone otra actividad. Caminan en sentido contrario, hacia otra línea (la rosa) del subterráneo. Felices.

Hacia el subterráneo (línea rosa). La conversación se anima con intervenciones equitativas, desordenadas. El armenio platica una experiencia sexual. El Tigre platica una experiencia sexual, Alex platica una experiencia sexual. Lo que anima fundamentalmente los relatos son los detalles. Rien con tal pudor que cualquiera (la mujer que viene en sentido contrario a ellos cantando *Oh Lord*) pensaría que han compartido esas gratas experiencias. Los tres.

En un buzón. Una carta que Alex envía a Carolina del Norte.

A cuatro pasos del aparador de una librería (ligera-mente) Oeste. La escalera que los habría conducido a un vagón de la línea rosa se ha quedado atrás. Con precisión: dos cuadras, en contraesquina. Caras inquietas, excitadas, del lado frío de la vitrina; ojos *ídem* + danzantes, castaño de dientes. (¿Esos números son precios, Mr. Fahrenheit?)

Del lado cálido de la vitrina. Portadas, cascadas de libros, destellos de estaño, una pantalla con números (temperatura y hora), cifras rojas y negras, letreros, "Sale". El armenio señala una portada. Tres proyecciones = seis ojos veloces descargan las niñas sobre un fondo blanco con letras azules. ¡Oh!, poemas de P. S. Más títulos.

En un bar Oeste. El Tigre, el armenio y Alex senta-

dos frente a la barra. Un lugar particular con luces intermitentes. Piden bebidas distintas: un escocés con soda, un martini seco y una cerveza. En una barra paralela más amplia y con grandes espejos en los muros, tres mujeres bailan rock and roll. Con pequeños, medianos y frondosos pechos, las mujeres provocan ondulaciones rítmicas en los espejos y en los ojos burdelosos. Sin duda, la fiesta de trapezios ópticos resbala a la boca, cae fresca al estómago, tibia al vientre, caliente al sexo, regresa a las retinas, se alimenta de puntos, estalla en los oídos. Alex canta disimuladamente la misma pieza que retumba en el bar. Tararea y canta. Canta y silba. Afina. Sube el volumen.

Sobre la barra del bar Oeste. Erguido, desgreñado, sobre la barra, Alex canta con fuerza. El vaso de escocés como si fuera su micrófono. La empleada trata de bajarlo con palabras cariñosas, pero Alex —lleno de sí, ahito— no cede. Las mujeres que bailan se descontrolan, pierden dos pasos, y luego reinician con normalidad sus escarceos festivos. Los versos de J. M., a través del volumen y la correcta pronunciación de Alex, llegan a todos los oídos e incluso salen sin dificultad de las puertas del bar. Un salto felino: el Tigre interviene. Un dueto, dos micrófonos de cristal. El armenio, aún sentado en su banco, toca sobre la madera de la barra una especie de combinación de tumbas y batería al ritmo que le marcan los espejos, sus ojos y la ondulante cabellera de Alex.

Del otro lado de la barra del bar Oeste. Alex pega un brinco hasta las bailarinas, el micrófono vacío aún en la mano. Aprovecha el silencio de la grabación para entonar nuevamente la canción de J. M. El pequeño auditorio del bar golpea las mesas, la barra, los vasos, el suelo. Unos cantan, otros silban, otros bailan. El Tigre y el armenio pegan un brinco hasta el escenario donde está Alex. El Tigre se retuerce con el requinto. El armenio baila escandalosamente. Alex.

Hacia el subterráneo. El auditorio del bar, los empleados y las bailarinas salen a la calle encabezados por Alex, el Tigre y el armenio. Hacia el subterráneo. La canción de J. M. hondea violentamente en el aire, envuelve las dos torres, hacia el sur, y el parque, como mesa de centro de la ciudad, hacia el norte, se cuela por todas las calles numeradas, hasta la 176. Los peatones que observan la caravana se unen al conjunto con instrumentos improvisados, un punk anaranjado golpea latas vacías, un viejo soba los cristales de los aparadores, un sicoanalista toca un pito, un gaucho se sienta de golpe en los pianos de las casas, un tirano mordisquea un arenque y un grupo de jóvenes abogadas aplaude. Del doceavo piso de un edificio alguien sopla una trompeta imaginaria, potente.

En el subterráneo. Alex, el Tigre & el armenio.

